

PARTE CRITICA.

MAYORIAS Y MINORIAS.

Tan luego como TIRABEQUE supo la proclamacion formal de Luis Napoleon para Presidente de la República, faltóle tiempo para tomar su escalera de mano, y entrando en mi celda de estudio, procedió sin hablar una palabra á descolgar el retrato de Cavaignac, que como saben nuestros lectores, tenia colocado frente del cuadro de la República, y á poner en su lugar el de Napoleon, dejando el de Cavaignac á un lado. Hecho el cambio y retirada la escalera, se dirigió primero á Cavaignac, y le dijo: «Vd. disimule, ciudadano Cavaignac; hágase vd. cargo que aunque yo soy el que le ha mudado á vd. de sitio, en realidad no soy yo quien lo ha hecho, sino la Francia. Lo único que he hecho yo ha sido barruntar con mucho tiempo lo que podria á vd. suceder, pues deberá vd. recordar que allá en 30 de junio cuando la Asamblea y yo le pusimos al frente de la República, al tiempo de colocarle le dije: *«Ciudadano, ahí te pongo, dures lo que durares: si tengo que quitarte mañana, no será culpa mia»* (1).» Y mas adelante, en 30 de setiembre, observando que vd. se me tambaleaba y torcía, tuve ya los instrumentos en la mano para quitar á vd. de allí y poner á Luis Napoleon, y si entonces ya no lo hice fué porque mi amo Fr. GERUNDIO me

(1) REVISTA, tom. 1.º pág. 265.

dijo que no era á mi á quien tocaba decidir el lugar que á cada uno de vds. correspondia (1), pero no por que dejára de alcanzárseme ya muy anticipadamente lo que ahora estamos viendo y lo que tendria que hacer hoy, que aunque soy un pobre lego, ha de saber vd. que pocas veces me fallan mis barruntos, y no suelto yo nunca las especies al aire.

«Pero en fin, ya no hay mas remedio que conformarse, como vd. ha hecho, con la voluntad de Dios y de la Francia, espresada por esa inmensa mayoría de votos que sobre vd. ha alcanzado el hermano Napoleon. Esto no embargante, y aparte de los pecadillos que he tenido que reprender en vd., téngole á vd. todavía, ciudadano Cavaignac, por un republicano honrado, y tiene vd. para mí el mérito de haber trabajado por el órden, y haberle conservado hasta el último dia y hasta el momento de entregar el poder á su sucesor, asi como el de haber dejado entera libertad en las elecciones. No lo perderá vd., hermano Cavaignac, yo se lo aseguro; y repito que no soy hombre que suelte las especies al aire. Quede vd. con Dios.»

Volvióse en seguida, y poniéndose frente á Luis Napoleon, le dijo: «Que sea enhorabuena, hermano Napoleon, y que tenga vd. muy felices pascuas, entradas y salidas de año, en compañía de su señor tío don Gerónimo y de todos sus parientes, menos del príncipe de Canino, que hace vd. bien en mirar como sino fuese de la parentela, y del amigo Odilon Barrot y demas ministros, y de todas las personas que sean de su estimacion y aprecio: entre las cuales deberá vd. contarme á mí, aunque no tenga vd. el honor de conocerme, siquiera por haber sido el primero que en España se acordó de obsequiarle á vd. en lo poco que permitian mis cortas facultades, comprando su

(1) He aquí las palabras que entonces me dijo TIRABEQUE: «Y así estoy pensando si será mejor quitar de aquí al ciudadano Cavaignac y poner á Luis Bonaparte, que si lo he de hacer mañana ú otro dia, ahora que estoy con los instrumentos en la mano.....» REVISTA, tom. 2. página 260.

retrato y poniéndole aquí en esta celda junto á la República, allá cuando la Asamblea de Francia ni siquiera quiso admitirle á vd. de representante, lo cual le probará á vd. que con ser yo un simple lego español tuve entonces mas narices, ó por lo menos olí mas que toda una Asamblea. En premio de esto, señor Napoleon, bien creo que merecia me diera vd. un pequeño aguinaldo, que con poco me contento: le aseguro á vd. que le quedaria agradecido con que me enviara vd. por via de aguinaldo un realito de vellon nada mas por cada uno de los votos que ha tenido vd. para la presidencia.....»

Aquí no puede menos de interrumpir á mi lego diciéndole: «Largas necesitaste tener las narices, PELEGRIN hermano, para oler mas que la Asamblea de la República, segun tú dices; pero voto á mi peluca de pascua que es mas larga todavía tu codicia. ¡Ahí es nada lo que pides! Cinco millones y medio de reales, que son los que corresponderian á los cinco millones y medio de votos que le han elevado á la presidencia!

—Señor, déjeme vd. pedir largo, que harto poco me dará él. ¿Pero no ve vd., mi amo, que mayoría tan bárbara ha tenido el ciudadano Bonaparte?

—Efectivamente, PELEGRIN; se entiende tomando la voz «bárbara» en su buen sentido, esto es, en el de inmensa y asombrosa; que si se toma en su genuina y natural significacion, lejos de ser bárbara, es al contrario la racional y legitima expresion de la voluntad y deseos de la mayoría de la Francia, que ha buscado en Luis Napoleon una garantía de orden. Y nota bien, PELEGRIN, porque esto es curioso de notar, que de los *siete millones trescientos y tantos mil* votantes que en Francia han acudido á las urnas, los *siete millones* de votos han sido dados á hombres de orden, cada cual en su linea, tales como Napoleon, Cavaignac, Lamartine y Changarnier, y que los candidatos de la república roja y del socialismo, que eran Ledru-Rollin y Raspail, se han quedado solo con el *pico*.

—Señor, el pico es lo que no faltará nunca á esos ciudadanos, que por mi ánima que no le tienen corto, y la Francia ha

sido muy sabia en darles solo el pico en la votacion, que era lo que les correspondia.

—Pues bien, PELEGRIN; esa mayoría inmensa en favor de los hombres templados y de orden, y esa minoría tan mezquina y vergonzante en favor de los que representan las ideas exageradas y antisociales, es lo que indica bien claramente el espíritu de la inmensa generalidad de los franceses, y ante una mayoría tan excesiva parece que los enemigos del orden no deberán hacer sino confesarse vencidos, y enmudecer y callar.

—Poco á poco, mi amo, con eso de las mayorías y de las minorías, y vd. perdone. Que si las mayorías son las que han de decidir y fallar y dar la razon, entonces el ministerio Narvaez va á estar lleno de razon desde los pies hasta las puntas de los pelos de las cabezas, ó de las pelucas, ó lo que lleven. Porque antójaseme que va á tener tambien en las Córtes una mayoría bárbara (entiéndese igualmente, mi amo, en el buen sentido de la palabra, que quiere decir grande): y de ello le han dado ya dos muestras el congreso en la eleccion de presidente, y la comision de contestacion al discurso de la Corona ha dado la tercera, diciendo que en su dictámen el ministerio ha obrado bien y cumplidamente en cuanto ha hecho y en cuánto ha dejado por hacer, y que es el mejor gobierno que ha habido en el mundo desde que Dios vino á él, que hace hoy 1848 años y 6 dias.

—Te diré, PELEGRIN. Mayorías hay que son la espresion legal, legítima y genuina de un pueblo, y ante cuya manifestacion no hay sino someterse y callar. Tales son aquellas mayorías que resultan de una gran aglomeracion de votos en la libre eleccion de las personas, para lo cual no se necesita sino la reunion y concurso de muchas voluntades, y la espresion de estas es la que hace ley, y esto es lo que ha sucedido ahora en Francia. Pero cuando se trata de juzgar los hechos, de calificar la conveniencia de un sistema político, entonces la mayoría de una corporacion puede muy bien estraviarse, ó por error ó por parcialidad, ó como dice el erudito Ferry, por haber tenido á

la vista otros intereses que los de la justicia ó de la verdad (1).

« Voy á ponerte un ejemplo palpable de ello. Mira, sin ir mas lejos, aquí sobre la mesa tengo, que oyéndonos está la conversacion, el opúsculo que la Sociedad Hahnemaniana de Madrid acaba de publicar sobre la cuestion que trae entre manos acerca del establecimiento de una clinica homeopática en esta córte. La Sociedad homeopática pidió al gobierno la creacion de esta clinica; el gobierno lo pasó á la seccion médica del Consejo de instruccion pública para que diera su dictámen. Esta seccion se dividió en mayoría y minoría. La mayoría opina que no es conveniente el establecimiento de dicha clinica, y aconseja al gobierno que no debe acceder á la peticion de la Sociedad. La minoría, por el contrario, es de dictámen que no solo seria conveniente y útil la creacion de la clinica homeopática, sino que seria justa, y la humanidad podria reportar bienes incalculables de este ensayo. Pues bien; tan débiles y apasionadas aparecen las razones en que la mayoría apoya su dictámen, y tan fuertes y poderosas las en que la minoría funda el suyo, y tan convincentes las observaciones con que le robus-tece, que es menester, PELEGRIN, cerrar de propósito los ojos á la luz de la razon para desconocer de parte de quién está la justicia.

«Asi pues, PELEGRIN, en tales casos en que se sospecha, como dice Ferry, que la mayoría se haya dejado llevar de otros intereses que los de la justicia ó de la verdad, «la razon aconseja, añade el mismo escritor, que *se pesen los votos en lugar de contarlos: la raison conseille de peser les témoignages au lieu de les compter.*»

«Y esto mismo es lo que podrá suceder con la mayoría y con la minoría del congreso. Por eso yo querría, como dice

(1) Il est tres permis de soupçonner qu' une partie des votans á manqué de lumières, ou qu' elle avait en vue d' autres intèrêts que ceux de la justice ou de la vérité.

Ferry, que se pesaran los sufragios y los dictámenes en vez de contarlos.

—Eso sería bueno, mi amo, cuando no fuera el gobierno el que hubiera de contarlos y pesarlos. Pero no sino váyale vd. al gobierno con estas doctrinas: él no entiende de pesos ni de medidas, sino de la cuenta de restar pura y limpia, y dice: «¿cuántos son los de la mayoría? ¿Son 200? Pues bien, de 30 que componen la minoría á 200, van 170 en mi favor, y que me dicen á todo, «asi sea.» Con que vamos andando, y que diga la minoría divinidades ó pestes, tanto monta; en resumen, con pestes ó con divinidades, de 30 á 200 van siempre 170, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga, y que me pinchen ratas.» Y adviértote á vd., mi amo, que esta frase, aunque plebeya, no es mía, que es original de un ministro de los que mas se remontan cuando hablan en las Cortes, y que la dijo el otro día, echando las mismas cuentas que he echado yo ahora.

—Tienes sobrada razon, PELEGRIN, y harto sé yo lo que son y lo que significan estas mayorías; y demasiado trabajo es el nuestro que tenemos que estar en minoría siempre. Y por ahora haz el favor de retirarte, que tengo bastante que hacer en cosas en que tú no me puedes ayudar.

—Pues quede vd. con Dios, mi amo.» Y volviéndose al retrato de Luis Napoleon, «A la orden de vd., le dijo, señor Presidente de la República: que vd. la disfrute por muchos años.»

Ya estaba á la puerta, cuando de repente retrocedió diciendo: «Señor Napoleon, yo he dicho sencillamente que vd. la disfrute por muchos años, y el caso es que no sé si la intencion de vd. es de disfrutar por muchos años de la presidencia de la república, ó si es de disfrutar, dentro de uno, dos, ó medio, de otra presidencia ú otra cosa que no sea república. Y asi quisiera que me sacara vd. de estas dudas; y mas que no las tengo yo solo, sino que son unas dudas muy generales.

—Ya conoces, PELEGRIN, le dije yo, que un Napoleon en estampa no puede contestarte, ni es regular que lo hiciera en persona tampoco. Pero lo que puedo decirte es que en el discurso que pronunció al tomar posesion de la presidencia, se encuentran muy al principio estas notables palabras: «Mi deber está trazado, y le cumpliré como hombre de honor. Consideraré como enemigos de la Francia á todos los que intenten cambiar, por medios ilegales, lo que la Francia entera ha establecido.» ¿Crees tú que diria él á humo de pajas eso de los *medios ilegales*? ¿No ves en esa clausulilla, que parece ser una redundancia casual de la oracion, una portezuela de escape que deja entreabierta para el dia que pueda intentarse cambiar por *medios legales* las instituciones que la Francia se ha dado? Parece que no se hubiera echado nada de menos con que hubiera dicho: «Miraré como enemigos de la Francia á todos los que intenten cambiar lo que la Francia entera ha establecido.» Con que cuando él intercaló lo de los *medios ilegales*, por algo habrá sido ello, y al buen entendedor dos palabritas le bastan.

—«¡Ah, picaruelo, picaruelo! exclamó TIRABEQUE: pero á mí ya no me la pegas, porque entiendo el busilis del embutido ese. Y á la vista quedo; y siendo por los medios legales venga lo que quiera, que tambien yo estoy por ellos; y me alegraré que la Francia haya topado con un presidente de las cualidades de TIRABEQUE, es decir, que no suelte las especies al aire. Y últimamente, veremos cómo se vá vd, portando, y no digo mas por hoy. Ahora quede vd. con Dios hasta mas ver, que yo me retiro, porque asi me lo manda mi amo.

ROSA Y BLANCA,

© LAS HIJAS DEL GENERAL SIMON.

Cualquiera que haya leído el **JUDIO ERRANTE** de Eugenio Sue, habrá reparado con interés en aquellas dos inocentes niñas Rosa y Blanca, hijas del general Simon, que llevaba consigo el viejo soldado Dagoberto, el de los mostachos grises y la gorra de pelo ¡Qué conformidad de sentimientos, qué armonía de voluntades, qué corazones tan simpáticos los de aquellas inocentes y hermosas niñas! Cuando una se entristecía, se entristecía también la otra; cuando una se alegraba, se alegraba la otra también; cuando lloraba Blanca, lloraba Rosa, y cuando se reía Rosita, se reía Blanca. Cuando Dagoberto les preguntaba algo, contestaban las dos una misma cosa, y casi en las propias palabras. Ambas querían lo mismo, sentían lo mismo y amaban lo mismo. Jamás hubo entre ellas la mas ligera discordia; eran recíprocamente la una el eco de la otra; si Rosa decía algo, añadía Blanca. «eso mismo iba yo á decir.» Figurábase yo **FR. GERUNDIO**, que era imposible una tan completa y absoluta conformidad de voluntades, de deseos, de sentimientos, y aun de palabras, en dos criaturas, por mas que fuesen hijas de un mismo padre, y atribuía la invención de tan bello cuadro á la imaginación poética del novelista.

Mas ahora ya no me maravilla que tan acordes anduvieran en todo dos hermanitas tan tiernas, cuando veo que quince hombres barbados y talludos, sin ser hermanos, que yo sepa, pues supongo que no serán todos hijos del general Simon, están todos y en todo tan conformes y acordes, que cuando los unos

se regocijan, se regocijan los otros; lo que á unos aflije, aflije á los otros tambien; todos quieren lo mismo, sienten lo mismo, temen lo mismo, aman lo mismo, desean lo mismo, y espresan sus sentimientos y voluntades con las propias palabras. Cuadro en grande de concordia y de armonía, de que Eugenio Sue no supo trazar mas que un boceto. Desde la traduccion de la Biblia por los Setenta, hecha bajo la direccion de Demetrio Falereo, 317 años antes de Jesu-Cristo, no se habia vuelto á ver un fenómeno semejante.

Y crece mas mi admiracion gerundiana al contemplar que estos quince hombres tan consonantes en todo son ocho ministros y siete diputadas; aquellos en el Discurso que pusieron en boca de S. M. al abrirse las Córtes, estos, en el proyecto de contestacion al dicho discurso, como comision nombrada para ello. No parece sino que el discurso le hizo Rosa, y que la contestacion la ha hecho Blanca. Verán vds.

Dijo la Corona (1). Nunca me ha sido mas satisfactorio que hoy el verme en medio de vosotros, despues de los dias de prueba que hemos atravesado; y espero con fiada confianza que nunca habreis venido tampoco mas resueltos á consagrar vuestros esfuerzos y afanes al afianzamiento del Trono y de la Constitucion de la Monarquía.

Y contesta la Comision. Señora, tampoco nunca nos ha sido á nosotros mas satisfactorio el ver á V. M. despues de los dias de prueba que hemos atravesado; y ahora mas que nunca venimos resueltos á consagrar nuestros esfuerzos y afanes al afianzamiento del Trono y de la Constitucion de la Monarquía.

La Corona. Como era de esperar de su paternal solicitud, la Santa Sede ha restablecido sus antiguas relaciones con la Católica España: pero al anunciar tan fausto suceso no puedo

(1) Las Coronas no hablan, pero en fin es una figura retórica de los gobiernos representativos. En cambio, aunque hablan los Reyes, no son los Reyes los que hablan, sino los ministros. Otra figura retórica.

menos de recordar otro funesto y doloroso. El Sumo Pontífice se ha visto obligado á abandonar la capital del Orbe Católico y á buscar un refugio en tierra estraña. En tan dolorosas circunstancias, no he vacilado un momento en ofrecerle el apoyo de la España, y un seguro y cordial asilo en esta nacion siempre católica y piadosa.

La Comision. Decimos lo mismo, señora, y repetimos todo eso del *completo restablecimiento de las antiguas relaciones, del suceso funesto y doloroso, del abandono de la capital del Orbe Católico, del refugio en tierra estraña, y del ofrecimiento del seguro y cordial asilo en esta nacion siempre católica y piadosa.* Y en prueba de ello, que usamos las mismísimas palabras de V. M.

La Corona. Las relaciones con las demas potencias estrangeras, me complace en anunciarlo, se han estendido considerablemente, habiendo los gobiernos de Prusia, Cerdeña, Austria y Toscana enviado sucesivamente sus representantes cerca de mi persona.

La Comision. Tambien el Congreso se complace de oír de boca de V. M. que las relaciones con las demas potencias, *idem, idem, idem, idem, idem* que lo que V. M. ha dicho, hasta acabar el párrafo.

La Corona. Con la nueva república francesa se han establecido las amistosas relaciones que han mediado siempre entre dos pueblos vecinos unidos por tantos y tan antiguos vínculos.

La Comision. Tambien oimos con placer, que con la nueva República francesa *etcétera, etcétera, etcétera*, hasta los *vínculos*.

La Corona. Acontecimientos desagradables, que no estuvo en manos de mi Gobierno evitar, han ocasionado la interrupcion de las relaciones diplomáticas con la Inglaterra; pero confio que se restablecerán cual conviene á dos naciones amigas, tan pronto como sean debidamente apreciados.

La Comision. Señora, aparte de que donde V. M. dice *mi gobierno*, nosotros decimos *el gobierno de V. M.*, todo lo demas

lo conservamos intacto en la respuesta, sin quitar tilde ni coma. Creemos que no puede darse mayor conformidad.

La Corona. En medio de los inesperados y profundos trastornos que han conmovido á la Europa.....

La Comision. En medio de los inesperados y profundos trastornos que han conmovido á la Europa..... (no repetian tan bien las niñas del general Simon).

La Corona. La España ha permanecido fiel al trono y á las instituciones: la sedicion sin embargo, ha levantado varias veces la cabeza, ensangrentando las calles mismas de la capital y las ciudades y los campos de la Península. Pero aunque unidas en alianza abominable las mas opuestas facciones....

La Comision. Lo mismo *in terminis* decimos nosotros, Señora; solo que donde V. M. dice: «ha levantado varias veces la cabeza,» nosotros decimos: «alzando varias veces la cabeza.» Pero nos ha parecido que *levantar* la cabeza y *alzar* la cabeza es *la meme chose*.

La Corona. Solo en Cataluña quedan aun fuerzas rebeldes, que espero desaparecerán muy en breve.

La Comision. El congreso espera como V. M. que desaparecerán en breve las fuerzas rebeldes que aun quedan en Cataluña (Cataluña atrás, ó Cataluña adelante, *idem per idem* es, Señora).

La Corona. A este feliz resultado han contribuido muy eficazmente las medidas adoptadas por mi Gobierno, en uso de las facultades estraordinarias que le habeis concedido en la pasada legislatura: habiendo patentizado la esperiencia la prevision y el acierto con que las Córtes procedieron al otorgar aquella autorizacion.

La Comision. Tan cierto es todo eso, Señora, que nosotros decimos lo propio, y en los propios términos *plus minusve*.

La Corona. Acontecimientos que os son bien conocidos no han permitido hasta el dia obtener los resultados que se deben esperar del plan de contribuciones, ni el justo equilibrio entre los gastos y los ingresos.

La Comision. El Congreso siente tambien que acontecimientos que son bien conocidos no hayan.... *repetatur* lo de arriba hasta el fin.

La Corona. A esta causa se ha debido principalmente que mi gobierno se haya visto en la necesidad de hacer uso de la autorizacion que le habiais concedido, decretando y exigiendo un anticipo reintegrable de cien millones.

La Comision. Por esta causa los Diputados reconocen la necesidad.... lo demás *ut supra*; excepto lo de los *cien* millones, que nosotros escribimos *100 millones*; V. M. en letra, y nosotros en número.»

Así continúan el gobierno y la comision repitiendo *bis* los párrafos del Discurso, como repiten los músicos las partes de un wals, hasta el último en que dice:

La Corona. Tal es, señores Diputados y Senadores, el aspecto general del estado del país y el de los trabajos de la presente legislatura.

Y la Comision. El Congreso, Señora, contempla *tal* como V. M. se ha dignado presentarle, *el aspecto general del país y el de los trabajos á que ha de consagrarse en la presente legislatura.*

Me inclino á sospechar, yo FR. GERUNDIO, si los ocho ministros del Discurso y los siete diputados de la contestacion, serán hermanos carnales de Rosa y Blanca, é hijos todos del general Simon. Lástima que no esté aqui Dagoberto para que nos informara de su genealogía. Pero por otro lado, aunque aquellas dos niñas se alegraban de lo mismo, se entristecian de lo mismo, se asustaban de lo mismo, apetecian lo mismo, aborrecian lo mismo, amaban lo mismo, querian lo mismo, y contestaban lo mismo, variaban no obstante alguna cosa en las palabras. Pero estos grandullones de diputados, no contentos con la identidad de sentimientos y de querencias, han empleado hasta la identidad de palabras, y la Comision *Blanca* se ha convertido en eco instrumental y vocal del gobierno *Rosa*.

En cambio de estas simpatías entre Rosa y Blanca, otros diputados, también mayores de edad, pero no de la mayoría, habían pedido ya la palabra en contra del proyecto de contestación antes que este saliera ni fuera conocido. ¡Para que se vea cuán variado es el mundo!—Pido la palabra en contra.—¿En contra de qué?—De la contestación al Discurso de la Corona.—Pero hombre, si no ha salido todavía.—No le hace, pido la palabra en contra.—Pero si no la conoce vd. y no se sabe todavía lo que dirá.—No importa, pido la palabra en contra, diga lo que quiera.

Conciérteme vd. las antipatías de estos con las simpatías de los otros. La Comisión ha obrado homeopáticamente, aplicando á todo el *similia similibus*: los otros diputados deben ser alópatas, porque aun antes de conocer la enfermedad ni saber si la habría, dijeron: «*contraria contrariis*, y caiga el que caiga.» Don Quijote se enamoró perdidamente de Dulcinea sin conocerla, y estos aborrecían la contestación al discurso sin conocerla también; ¡Válanos Dios y qué de miserias hay en el mundo entre simpatías y antipatías!

COSAS DE NAVIDAD.

TIRABEQUE EN LA PLAZA MAYOR.

Sabido es que en estos días de pascua y en los que los preceden, la Plaza Mayor de Madrid es como el emporio y general mercado donde confluyen y se centralizan todos los más delicados frutos y producciones de España, las frutas más sa-

brozas, las confecciones y artefactos mas esquisitos, las mas regaladas pastas, todo, en fin, lo que en cada provincia, y aun en cada comarca y poblacion, ó la tierra produce ó las manos elaboran de mejor y mas á propósito para regalar los paladares de los cortesanos en tales dias. Es la Plaza una especie de tesoro público en que se absorven las contribuciones de todo el reino, traídas voluntariamente y en especie, al revés de las que se engulle el erario, que son arrancadas en metálico y á la fuerza.

Todo el mundo procura en tales dias dar una vuelta por la Plaza Mayor, y TIRABEQUE me significó su deseo de hacerlo en mi compañía, siquiera fuésemos de meros espectadores. Yo bien conocia la dificultad de limitarse á este papel pasivo en medio de tantas tentaciones; pero dispuesto á complacer á mi lego y provisto de un pequeño fondo correspondiente á nuestra pobreza franciscana, me encaminé con él hácia el teatro de las golosinas. Trabajo nos costó penetrar en aquella tierra de promision, pero al fin pudimos vencer las dificultades y arribamos á ella felizmente. Loco se volvia mi lego de verse en medio de aquel depósito universal de frutos indígenas; alegrábasele los ojos, y divertíale ademas la animada vocingleria de los vendedores, y el bullir incesante de las gentes, que daba á aquel cuadro el aspecto de una asamblea popular y bulliciosa, pero pacífica.

Solo un personage, el mas elevado de todos, y que parecia como el presidente de aquella asamblea tumultuosa, era el que permanecia inmóvil, silencioso y mudo, en medio de la gritería general, sin que le alegráran las panderetas y tamboriles de que se hallaba circundado. Este personage era el señor Rey don Felipe III, que montado en su caballo de bronce se encuentra en el centro de la Plaza hecho una verdadera estatua.

—«Abí tienes, le dije á mi lego, la famosa estatua de Felipe III, que antes adornaba los jardines de la Casa de Campo, y este año ha sido trasladada á esta plaza; obra de los artistas Juan Bologna y Pedro Tacco, y que elogiaron mucho al-

gunos poetas de la época; recuerdo aquellos versos del P. Buitron, hablando de la actitud del caballo:

Viva parece con osado aliento

Aquella mano que levanta al viento;

Que al limarla el artifice Toscano,

Sintió el dolor, y levantó la mano.

—Señor, yo no entiendo mucho de escultura; pero pienso que el artifice hubiera hecho mejor en limar el vientre, que le tiene tan abultado y lleno, que no parece sino que acaba de embaularse la mitad de los comestibles de esta plaza.»

Y luego como es tan aficionado á apostrofar á las estatuas y retratos, «Vamos á ver, señor don Felipe III, le dijo; ¿qué le parece á vd. de la abundancia que aqui hay de cuanto Dios crió para regalo de los que viven y moran en esta corte de España? ¿No se le hace á vd. la boca agua, principalmente de ver tanto mazapan, y tanta jalea, y sobre todo, señor don Felipe, tanto y tan rico turrón como aqui se vende? Apostemos la mejor y mas robusta barra del de Alicante á que en su tiempo de vd. no había en España tanta abundancia de turrón, y tan delicado y esquisito como el que hay ahora, y del cual no ve vd. aqui sino una parte muy minima, porque la gruesa de ello se despacha en otro lado.

—Apostemos á que sí, le dije yo.

—Señor, yo no hablo con vd., sino con el señor Rey don Felipe III.

—Ya lo sé, mas como él no puede hablar, te contesto yo en su nombre, y haciendo ahora de Felipe III, te digo: «Yo Felipe III, por la gracia de Dios, Rey de España, ahora estatua ecuestre de bronce en la Plaza de Madrid, protesto que si me asusta ver tanto turrón no es porque no esté acostumbrado á verlo y aun á repartirlo, sino porque habiendo sido el turrón en mi tiempo el principio de la decadencia y ruina de España, me temo que el turrón acabe de aniquilarla y destruirla.

—Convengo, señor don Felipe, dijo TIRABEQUE, en que en su tiempo de vd. se conoceria ya el turrón de la clase del que aqui en esta Plaza se vende, aunque es de sospechar que no estaria tan bien trabajado, porque en esto se ha adelantado mucho; pero hay otro turrón todavía mas dulce y mas apetitoso, que no se despacha aqui, sino en unas secretarías que llaman *del despacho*, y donde hay un despacho tal de este género, que aunque otra cosa en ellas no se despachara, bastaria para que les estuviera el nombre bien aplicado. Estoy seguro que esta clase de turrón no la conocerá V. M.

—La conozco tanto, lego TIRABEQUE, que aunque me ves ahora yerto de frío en esta plaza con la cabeza desnuda, me hallo muy caliente en el purgatorio, donde todavía permanezco en pena de haber sido yo el que comencé á hacer la España turrónera. Porque has de saber, lego PELEGRIN, que aqui donde me ves ahora que parezco inalterable á la vista de tanto turrón como me rodea, lo estoy contemplando con indignacion y con lástima; pues no puedo olvidar que en mi reinado se repartió tanto turrón que quedó la España empobrecida en términos de verse el erario exausto, sin poderse pagar las contribuciones á fuerza de haber esquilgado los pueblos, y sin haber ya medio para atender á las urgencias mas precisas del Estado. Bien que en esto yo no tuve mas culpa que la de haber sido condescendiente y débil, y no haber tenido valor para oponerme á los consejos de mis pícaros ministros, y especialmente de aquel duque de Lerma, á quien nada saciaba. En fin, á vista del estado lastimoso en que se encontraba la pobre nacion, consulté al Consejo de Castilla sobre los medios de salir de aquellos apuros. ¿Y sabes lo que me contestó, lego PELEGRIN? No se me olvidarán nunca aquellas palabras en que me decia: «Estando la hacienda de V. M. *consumida* y *empañada* de manera que no alcanza para cubrir los gastos, por «*las muchas mercedes y donaciones* que se han hecho *con una «prodigalidad excesiva*, con grave perjuicio del comun de los «súbditos, el Consejo juzga por muy conveniente y aun nece-

«sario que las mercedes y donaciones que V. M. ha hecho desde que entró á reinar, que son escesivas, SE REVOQUEN como hechas en perjuicio del bien comun de sus reinos, y como injustas y conseguidas con falsas súplicas, con importunaciones y engaños..... de este modo entrarán grandes sumas en el erario sin necesidad de gravar á los pueblos.» Esto fué el año 1619. Con que ya ves tú si conozco por esperiencia la clase de turrón que tú dices, y los resultados que trae el repartirle á manos llenas: bien que todo lo hacia aquel duque de Lerma, mi primer ministro, tan imperioso como insaciable.

—¿Sabe vd., señor don Felipe III, exclamó TIRABEQUE, que no creía yo que era tan antigua la turronería en España? Pero sin embargo, por mucha que fuera en su tiempo de vd., insistió en mi apuesta, y digo que es imposible que llegara al extremo de ahora..... miento, que ya me contentára yo con que hubiera llegado al extremo. Con la diferencia, señor don Felipe, que vd. tropezó con un Consejo que le aconsejó *revocase* todas aquellas gracias y mercedes á que los españoles de ahora damos el nombre de turrón, y en el dia no hay un alma caritativa que aconseje tal revocamiento, como no seamos mi amo y un servidor de vd.: y aunque tambien ahora hay Consejo, este Consejo no debe ser como el de su tiempo de vd., que aquel á lo menos aconsejaba que se revocara el escesivo turrón que vd. habia dado en perjuicio del bien comun de sus pueblos, pero á este ni nadie le pide consejo sobre el particular, ni él tampoco aconsejaria tal cosa, porque no le viene mal á él mismo que siga el despacho del género, puesto que algo se chupa tambien.

—El caso era, amigo PELEGRIN, que en medio de la pobreza á que habia venido esta nacion tan rica, y que mis liberalidades y la profusion de empléos comenzaron á hacer decaer, la córte ostentaba una magnificencia extraordinaria, y especialmente el duque de Lerma mi primer ministro, que era el que distribuia el turrón á todos los que le hacian la córte, y por cuya mano se daban todos los empleos de la monarquía,

vivía con un esplendor que causaba escándalo y que todo el mundo murmuraba.

—¿Y cómo dice vd. que se llamaba ese señor duque?

—El duque de Lerma; qué, ¿hay también ahora algún duque de Lerma acaso?

—No señor, de Lerma no; prosiga vd.

—Tan débil fui, **TIRABEQUE** amigo, que por complacer al duque, elevé á los mas altos puestos del gobierno á los hombres mas oscuros, pero poseidos de una ambicion desmedida, como me sucedió con el famoso don Rodrigo Calderon, á quien hice al principio conde de la Oliva, y despues marqués de Siete Iglesias. Ya ves como me alcanzó también la debilidad por el turrón de los títulos. Asi se llenó él de vanidad y de orgullo: orgullo que conservó hasta la horca misma, porque como tú deberás saber, este don Rodrigo Calderon fué despues ahorcado.

—¡Ah! ¿con que ese famoso don Rodrigo fué hecho por vd. conde de la Oliva, y luego marqués de Siete Iglesias? Pues mire vd., señor don Felipe, si vd. no hizo mas que ese ejemplar que le haya causado remordimiento, consuéllese vd. con que ahora encontraria vd. un don Rodrigo á la vuelta de cada esquina; con la diferencia que, como estamos en tiempos mas ilustrados, á ninguno de estos se ahorca por mal que lo haga. Y si vd. le hizo de dos tirones, primero conde y despues marqués, hoy día se ahorra mas tiempo, pues apenas hay nadie á quien no se haga conde y marqués de una sola evolucion; no de Siete Iglesias, porque ahora las iglesias no están para poder servir de títulos aunque se junten setenta, sino de otras siete cosas cualesquiera, que nunca faltan. ¿Y sabe vd., señor don Felipe III; que veo yo mucho *cumsimilis* entre los tiempos de vd. y los míos? ¿Si será por eso que le han traído á vd. este año aquí á esta Plaza á presidir el despacho del turrón? Pero casi estoy por decir que hizo vd. grandemente en ser como fué, porque al fin y al cabo la nacion se perderia á causa del escesivo turrón que vd. daba,

pero lo cierto es que á vd. le levantaron estátuas. Casi casi lo mismo sucede ahora con los diputados que mas turrón consumen; no les levantan estatuas, pero los pueblos los reeligen *por unanimidad* y el congreso los nombra *presidentes*. Diga vd. y perdone: ¿en su tiempo de vd. habia tambien diputados?

—Los habia, aunque no como los de ahora. Pero ten cuenta, PELEGRIN, de no mentar la sogá en casa del ahorcado, que estás en sitio donde fácilmente podrán escucharte muchos.

—¿Por qué? ¿por el turrón? no señor, ellos gastan por lo comun del de los otros despachos, que como le he dicho á vd. es mas sabroso y esquisito. Pero diga vd., señor don Felipe, aunque sea descortesía, ¿no tenia vd. otros hombres de mas provecho con que reemplazar en el ministerio á ese duque que dice vd. era tan codicioso?

—Si que tenia, PELEGRIN, pero confíesote que el duque se habia apoderado de mi ánimo en términos de no poder desprenderme de él; que sino de buena gana le hubiera reemplazado, por ejemplo, con el Marqués de Bedmar, que estaba de embajador en Venecia, y despues lo fué de los Países Bajos, hombre de reputacion europea.....

—A ver, á ver, señor don Felipe, dígame vd. alguna cosa de ese Marqués de Bedmar, que tambien tenemos nosotros ahora un Marqués de Bedmar, que acaso será pariente suyo, aunque tengo para mí que no ha de parecersele gran cosa en eso último que vd. ha dicho, y eso que ahora ha dado en sonar por no sé que in.....

Al llegar aqui nos interrumpió repentinamente un amigo que se acercó á saludarnos, de modo que el Marqués de Bedmar se quedó fuera de nuestro diálogo, como dicen haberse quedado fuera del servicio de palacio, que esto y no lo primero es lo que á él le deberá importar. El señor Rey don Felipe III, siguió en su puesto tan serio y tan inmóvil como estaba antes presidiendo el mercado del turrón, y TIRABEQUE y m reverencia dimos una vuelta por la Plaza con el allegadizo hermano, sin dejar de departir con él, pero sin dejar tam-

bien de pensar que si en el reinado de Felipe III se empobreció la España y llegó á un dedo de su ruina por la superabundancia de turrón, ¿qué deberá esperarse hoy, y cuál podrá ser su suerte yendo como va el turrón tan en aumento y progreso, que la España entera está hecha una viva imágen de la Plaza de Madrid en víspera de Navidad?

¡Lo que es la tentacion y el mal ejemplo! Hasta nosotros caimos en la flaqueza de tomar una pequeña barrita para dulcificar nuestras amarguras en la Noche-Buena. Pero como dice TIRABEQUE, este turrón no es de los que el antiguo Consejo de Castilla aconsejaria revocar como perjudicial al bien comun de los reinos. Y cuando le comíamos, añadía: «señor, si á todos los que comen turrón del estado se les cayeran los dientes, ¿cuántos desdentados hubiera!»

EL CLUB DE LOS PAVOS,

Y EL COLEGIO DE CARDENALES.

Parecióle á mi lego que era indispensable requisito para celebrar la Navidad, el proveerse de uno de estos pajaritos de Indias que el vulgo y yo llamamos pavos. Ya en la Plaza habia manifestado esta intencion, y aun cruzado algunas palabras con los hombres que por alli suelen andar con dos pavos colgados del hombro, parodia rústica de la Diosa Juno, de quien nos enseña la mitología que tomó por símbolo el pavo, haciéndole su ave favorita, que tambien fué rareza y capricho el de aquella hermosa divinidad, pues por lo menos para mí, aun allá en mis verdores, por hermosa que fuera una muger, en teniendo pavo era punto concluido, aunque fuera ella una Diosa. Verdad es que el conde Franzais (de Nantes) ex-par de Francia, que escribió un tratado de los pavos, se esfuerza por sincerarlos de la fama de estúpidos y tontos de que gozan, diciendo que los pavos han perdido mucho con la civilizacion européa (lo cual no

me maravillará, por que hay muchos á quienes la excesiva civilizacion los atonta), pero que allá en su primitiva patria de donde han sido traídos, en las selvas que bordan las márgenes del Delavarre y del Mississipi, son aves muy avisadas y muy amantes de su independenciam y de su liberrad. Podrá ser cierto todo lo que dice el señor conde, pero tambien lo es que los pavos que por acá conocemos son el tipo y el emblema y el sinónimo de la estupidez.

Nada sin embargo habia hecho TIRABEQUE, pero en la primera calle á que salimos nos tropezamos con una manada de pavos, especie de club democrático y social conducido por un presidente de vara larga, (*qui regit eos in virga ferrea*: aunque aquella no era *ferrea*, sino *lignea*), como si quisiese demostrar que el varapalo es el cetro indispensable para regir esta clase de repúblicas. Y digo de repúblicas, porque es de saber que la emigracion de los pavos á Madrid en la proximidad de las pascuas (de la cual se le olvidó hablar á Chateaubriand en el libro V de su Genio del Cristianismo, en que trata de las emigraciones de las aves), se verifica en pequeñas repúblicas sociales, ó por mejor decir, comunistas, puesto que ademas de haber una igualdad completa y absoluta de derechos en todos los individuos, los pavos pastan indistintamente en cuantas tierras ó posesiones encuentran al paso, de manera que para ellos todos los bienes son comunes, y son observadores prácticos, sin saberlo ellos mismos, de la doctrina de Proudhon. Por otro lado parece ser republicanos rojos, atendido á que llevan constantemente en sus cabezas el gorro colorado: dejó á Ledru-Rollin y á Proudhon que se disputen si son rojos ó son comunistas. ¡Pero cosa particular! con llevar ellos siempre el gorro frigio, se ensoberbecen y ensañan á la vista de todo lo que es encarnado: en esto son tan esclusivistas como los ingleses, que se irritan cuando ven en otros lo mismo que ellos están ejecutando cada dia.

Dirigiéndose, pues, TIRABEQUE al presidente de aquella república ambulante y venal, «Vamos á ver, le dijo, ciudadano Barbés, ó ciudadano Proudhon, á ver qué gente es la que vd. trae.

—Yo no me llamo nada de eso, contestó el pavero; mi nombre es Felipe Villaroel; y tampoco soy ciudadano, sino natural y vecino de Castrotierra, para lo que vd. guste mandarme.

—Tanto mejor, replicó TIRABEQUE; quiere decir que somos medio paisanos. ¿Con que tambien vd. se llama Felipe? Pues

entonces sera vd. Felipe IV, porque á Felipe III le acabo de dejar en la Plaza; pero vd. no tiene trazas de ser rey, si bien no le niego que será un buen presidente de esta república; aunque á decir verdad, hermano Felipe, tales presidentes puede haber que tanto venga á dar llamarlos presidentes como reyes, y tal ha de suceder, segun yo pienso, con el ciudadano Luis Napoleon, porque un presidente que era ya principe, y que sale nombrado por cinco millones y medio de votos, bien puede ser cualquier cosa, sea el que quiera el nombre que lleve. ¿No le parece á vd. lo mismo, compatriota Felipe?»

Quedábase el hombre de los pavos en ayunas de cuanto TIRABEQUE le decia, y callaba á todo. Púsose luego mi lego á examinar el mérito respectivo de cada una de aquellas individualidades. Escusado es decir que los pavos comenzaron á esponjarse y pavonearse haciendo la rueda y ostentando su gallardia. «No hay que pavonearse tanto, les decia TIRABEQUE, porque sobre ser cosa de tontos, muchos he conocido yo de cuello tan erguido como vosotros, y que se han pavoneado mucho, ¿para qué? para luego venderse como esclavos humildes al que mas por ellos haya dado. Con que asi no hay que venirme á mí con pompas y vanidades.» Y despues de hecho su exámen comparativo, dirigiéndose de nuevo al pavero, le dijo; «Paréceme, hermano Felipe, que hace vd. muy mal presidente: porque si bien entre sus gobernados se encuentra alguno gordo y rollizo como un Comisario de cruzada, salva sea la comparacion, trae vd. muchos éticos y mústios como cesantes; y esta no es la igualdad que corresponde á una república bien ordenada.

—Yo no sé lo que es república, contestó Felipe; lo que sé es que el que mas se ha aplicado y mas ha comido, aquel está mas gordo, y vd. escoja el que mas le acomode, que el precio lo hace todo.

—Segun eso, hermano Felipe, repuso TIRABEQUE, vd. no está por la igualdad de recompensas como Luis Blanc; veo que vd. opina como Thiers y como yo, que aun supuesta una república comunista como es esta, unos se hacen valer mas y otros menos, y que en resumidas cuentas esa igualdad viene á convertirse en quimera.

—Yo no quiero quimeras con nadie, replicó el pavero; lo que deseo es despachar mis pavos lo mejor que pueda; y así vea vd. si alguno le acomoda, y entraremos en ajuste, que lo demas es perder el tiempo.

—Diga vd, le preguntó TIRABEQUE; por lo que veo, vd. no trae ningun pavo real.

—No señor, le respondió Felipe, ni los conozco siquiera.

—Pues yo he conocido algunos, dijo PELEGRIN, y aun los conozco. Pero hace vd. bien en no traerlos, porque no sirven mas que para la vista, y como no se comen, no son pavos para este tiempo.»

Despues variando de nomenclatura por si podia entenderse mejor con el hermano Villarroel, y señalando á uno de los que le parecieron mas medrados y gordos, «Vamos á ver, le dijo: ¿cuánto vale este cardenal?

—Ese vale dos duros.

—Se conoce, amigo mio, que no sabe vd, cómo andan ahora los cardenales.

—Pues llévele vd. en los 36, si le acomoda, y sino á Roma por todo.

—¿A Roma? replicó TIRABEQUE; si, si, vaya vd, á Roma con cardenales, y verá vd. como le reciben el principe de Canino y el *Circulo popular*, que son los que ahora llevan la voz en aquel cotarro. No digo yo ahora que han dado una orden prohibiendo la entrada á los cardenales, sino ni antes le hubieran recibido á este; porque tiene todas las trazas de un Lambruschini, que fué el que tuvo que huir de Roma vestido de dragon, y gracias á eso pudo libertar la pelleja. ¿Vd. no conoce al principe de Canino, ni á Mamiani, ni á Sterbini, ni á nadie de estos que ahora figuran en Roma?

—Yo no conozco á semejante gente, ni en mi vida los oí nombrar.

—Y no pierde vd. nada por no conocerlos, replicó TIRABEQUE; por que ha de saber vd., Felipe mio, que ellos y otros como ellos han sido la causa de que el Santo Padre haya salido de Roma, y ahora no se contentan con menos que con nombrar un triunvirato que sustituya al Papa en el poder temporal: especialmente el Canino ese debe ser un can rabioso, porque para él hasta Mamiani es ya moderado; échese vd. á discurrir que tal sacristan será él. Con que asi, hermano Felipe, si vd. no me ha de arreglar mas los pavos, y quiere venderlos mejor, no vaya vd. con sus cardenales á Roma, y creame vd. á mí; en tal caso lléguese vd. á Gaeta, donde podrá llevar el colegio entero, y esté vd. seguro de que será bien recibido.»

El bueno del pavero estaba tan atontado como los pavos, pareciéndole que sin duda habia tropezado con un loco, que

tal debía ser para él mi lego TIRABEQUE, atendido el language, para él ininteligible, que estaba usando. Conociendo esto mismo, yo FR. GERUNDIO, interpuse mi mediacion, y sacando dos napoleones del bolsillo, los puse en manos del pobre Felipe, advirtiéndole que los dos reales que sobraban del precio del ajuste, eran para que nos trajese él mismo á casa el pavo escogido, y que podía venir en el acto detras de nosotros, puesto que á ella nos encaminábamos.

Hízolo así el pavero, dejando el colegio, club ó república, á cargo de un vice-presidente, y viniendo de pedisequo nuestro hasta la puerta de nuestra celda. Mas al hacer á TIRABEQUE la entrega de la alimaña, advirtió este cierta disminucion de peso que le hizo sospechar que no era aquella la escogida, sino otra harto mas flaca, y que el pavero la habia cambiado, y así se lo dijo, añadiendo: «¡Pues ahí es nada la diferencia! ¡un animal como el que yo escogí, que parecia un intendente de primera clase en activo servicio! ¡y encontrarme ahora con un pavipollo que cuando mas podrá ser un meritorio ó auxiliar sin sueldo! Vaya, vaya, aquí ha habido un *mutatio pavorum*, señor Felipe.» Negábalo, como era de esperar, el pavero á pies juntos, pero no satisfaciendo sus negativas á TIRABEQUE, y volviendo á tomar el pavo, «No hay remedio, señor Felipe, le decia, vd. nos ha hecho aquí un juego de manos; protesto y juro que este no es el candidato á quien yo di mi voto. Y está vd. muy equivocado si cree que yo soy de tan buen contentar como la mayoría del Congreso, que un dia le dice el gobierno que su candidato es Seijas Lozano, y nombra presidente á Seijas Lozano, y al otro dia le dice que su candidato es Mayans y nombra presidente á Mayans; y puesto que el dejar Lozano la presidencia fué por estar sujeto á reeleccion, justo es tambien que se sujete á reeleccion mi pavo, que no era menos Lozano que él; y así, ó me vuelve vd. el dinero, ó vamos á reelegir otro pavo, porque este no le admito, que no soy yo hombre que reciba flaco por gordo.»

Yo bien conocia que TIRABEQUE estaba lleno de razon por esta vez, porque indudablemente el hombre de los pavos nos habia jugado un *quid pro quo* de esos que ellos acostumbra, y en lo cual son tan duchos como el escamoteador mas diestro. Mas por evitar pendencias y ruidos, hice lo que Lammenais y Ledru-Rollin en su manifiesto sobre el resultado de las elecciones, aceptar á regaña-dientes los hechos consumados; y aun aconsejé á TIRABEQUE que se conformara, advirtiéndole

que otra vez procurára andar mas listo, y despedí al hombre, que sin duda se fué mas contento que quedamos nosotros, y con la satisfaccion de que si el comprador le podia dar lecciones en esto de política estrangera que él no entendia, él se las podia dar en lo de cambiar pavos flacos por pavos gordos; lo que prueba que cada cual en su oficio suele saber mas de lo que es menester.

DE COMO CELEBRARON FR. GERUNDIO Y SU LEGO

LA NOCHE-BUENA.

Con estas y algunas otras modestas provisiones nos dispusimos, á fuer de cristianos rancios, á celebrar la Noche-Buena con arreglo á la costumbre de esta nacion siempre católica y piadosa, como dijo S. M. Aquella noche permiti á TIRABEQUE que se sentára conmigo á la mesa, á lo socialista: si bien él tenia que levantarse continuamente á traer y servir los platos, haciendo alternativamente de amo y de criado, como les sucede muchas veces á los cómicos. Pero él lo hacia con mucho gusto, á semejanza de aquel mayordomo de quien dijo el satírico Regnier:

Glorieux de porter les plats dessus la table.

Entra, serviette au bras, et fricassée en main.

Orgullosa con llevar
los platos sobre la mesa,
entró, cochifrito en mano,
y al brazo la servilleta.

Al dar principio á la cena (que cena y no colacion nos permiti la iglesia hacer este año en razon á caer la Noche-Buena en domingo) «Ante todo, PELEGRIN, le dije, demos gracias á Dios que nos permite celebrar el aniversario del advenimiento glorioso de su divino Hijo al mundo, aqui en nuestra celda, en familia y como dos patriarcas, no con una cena opípara, ó como si dijéramos ministerial, pero tampoco escasa, y decentita y nada profana como á nuestra clase y estado corresponde; y sobre todo, PELEGRIN, sin inquietudes, remordimientos ni zozobras que nos puedan acibarar el gusto, que no es poco en estos tiempos borrascosos que alcanzamos.

—Así es la verdad, señor, y démosle gracias por ello, que la garantía de Dios y no otra es la que tiene hoy un cristiano de que podrá celebrar la Noche-Buena en su casa. Y sino acordémonos de la Noche-Buena que pasarán los pobres ciudadanos que van camino de Filipinas. ¡Válganos Dios, mi amo y qué horror tengo yo al agua! (y tomó una copa de vino y se la embauló sin dejar gota).

—Ya lo veo, le dije, pero ten cuidado de no repetir mucho esas pruebas, que son innecesarias y algo peligrosas.

«Por lo demás, añadí, no es solo en España donde ignora el hombre en qué punto le tocará cada año pasar la Noche-Buena, sino que lo mismo acontece en todo el mundo. ¿Cómo hubiera podido creer, por ejemplo, Luis Felipe, cuando hace hoy un año celebraba la Noche-Buena tranquilamente en el Palacio de las Tullerías, esperando las felicitaciones que la Francia acostumbraba á hacerle el día de año nuevo, que hoy día de la fecha la habia de pasar allá en Richmond, en la posada de *Star and Gaster*, hecho un desterrado hijo de Eva? ¿Quién diría que el Emperador Fernando de Austria, que el año pasado celebró las navidades en su palacio imperial de Viena rodeado de todo el brillo de su corte, habia de esperar este año la venida del Redentor, en Praga, sin corona y sin estados, y reducido á un simple particular? ¿Cómo se hubiera podido imaginar el mismo Santo Padre hoy hace un año que habia de cantar en el presente la misa del gallo en Gaeta? Y por el contrario, ¿quién habia de haber dicho á Luis Napoleon, que hace dos años, y tres, y cuatro y seis, pasó tantas malas Noche-Buenas en el castillo de *Ham* (acaso con *ham-bre*), donde le tenia encerrado Luis Felipe, ¿quién diría que el año 48 habia de celebrar la Noche-Buena en el Palacio del Eliseo Borbon, hoy Eliseo nacional, saboreándose con la mas generosa y mas sabrosa barra del turrón republicano? ¿Quién es capaz de preveer dónde y cómo celebrará la Noche-Buena el año que viene el nuevo Emperador Francisco José de Austria, ni el rey Federico Guillermo de Prusia, ni Carlos Alberto de Cerdeña, ni Fernando II de Nápoles, ni el Gran Duque de Toscana?

—Señor, apliquémonos nosotros por lo que pueda suceder; y veo que por hablar de los reyes no me dice vd. nada de este cuchifrito, que sin que sea vanidad del cocinero, se chuparía los dedos con él cualquiera de esos reyes y emperadores que vd. ha nombrado. Y supuesto que Dios vino al mundo

lo mismo para los reyes y emperadores que para vd. y para mí, digo que supuesto que vino para vd., y vino tambien para mí..... (y esto lo decia llenando ambas copas).

— Ese retruécano, PELEGRIN, le dije, sobre ser ya una vulgaridad de mal gusto, me descubre que no has renunciado á tus antiguas aficiones. Y no pienses que he de consentirte que por ser Noche-Buena hayas de hacer ningun exceso. Quédese esto para la gente plebeya, que ébria de gozo anda en tales noches por esas calles celebrando la venida del Redentor con tan desagradables orquestas de zambombas, panderetás y tamboriles, que la mayor prueba de su bondad y mansedumbre infinita que Dios puede dar á los mortales, es venir á un mundo en que con tales obsequios se le anuncia y espera. Y fuérale de agradecer que ya que vino á redimirnos del pecado, nos redimiera igualmente de tan desapacibles músicas y cantos. Y ahora trae otra cosa, PELEGRIN.»

Levantóse TINABEQUE, y al presentarme otro plato me dijo: «Señor, con motivo de eso que vd. me ha dicho antes, que nadie es capaz de pronosticar dónde y cómo pasarán la Noche-Buena el año que viene todos esos reyes que vd. ha nombrado, he estado yo pensando en la cocina que en este próximo año que vá á entrar debería mandar el Santo Padre, aunque sea desde Gaeta, que se suprimiera la fiesta de los Reyes. En primer lugar, porque no están ahora los Reyes para fiestas. Y en segundo lugar, porque ¿dónde se encuentran hoy dia tres reyes que estén de humor de ir á Belen á adorar al Niño, y á ofrecerle oro, incienso y mirra, como lo hicieron los Reyes Magos de otro tiempo? ¿Quién les asegura á ellos que á la vuelta del viage no encontrarán los tronos ocupados por algunos Herodes? ¿Ni qué oro pueden ofrecer cuando lo que ellos quisieran fuera tenerlo para sí? ¿Ni que estrella los habia de guiar, cuando la estrella de los Reyes anda tan eclipsada? ¿Ni á qué han de ir á Belén, cuando cada uno tiene dentro de su casa, no digo yo un Belén, sino una Babilonia entera? Aun si la fiesta no fuera de Reyes, sino de Reinas, todavía pudiéramos sacar tres que celebráran con menos inconvenientes la Pifania; porque los Reyes que veo algo mas seguros en Europa son las tres *Reinas hembras* que hay, á saber, la de Inglaterra, la de Portugal y la de España. De modo y manera, mi amo, que en el dia tuviéales mas cuenta á los Reyes ser *Reinas hembras*, como decia el hermano Pidal, que Reyes varones. Y asi seria de opinion, ó que se suprimiera por este año que

entra la fiesta de Reyes, ó que en lugar de ser fiesta de Reyes fuera fiesta de Reinas.

—Ideas peregrinas y raras tienes por cierto, PELEGRIN, aunque materia es esa de las Reinas sobre la cual pudiera decirse mas de lo que tú crees. ¿Y sabes que es un plato regio este que has traído?

—Como hecho por estas manos, señor.»

Así íbamos entreteniendo nuestra cena, sin que al último dejáramos tambien de amenizarla con algunos brindis. El primero que mi paternidad pronunció fué el que correspondia á un religioso.

—«Brindemos, PELEGRIN, le dije, por el pronto regreso de nuestro Santísimo Padre Pio IX á la capital del Orbe Católico, y por la paz de los estados de la Iglesia.»

—Brindemos, señor, contestó PELEGRIN, aunque algo lejos lo veo. Y brindemos tambien porque Dios alumbré al hermano Mon, á fin de que rebaje los presupuestos del año que entra, siquiera, siquiera en trescientos milloncejos.

—Mas lejos veo yo eso, PELEGRIN, pues segun noticias que corren, lejos de rebajar, parece que piensa pedir otros trescientos millones mas sobre el presupuesto de este año.

—Señor, si eso fuera cierto, debería el Santo Padre excomulgarle por herege; y digo por herege, porque eso equivaldria á abolir la Noche-Buena en España, y á impedir la fiesta del Nacimiento de Dios por una declaracion de estado de hambre, lo cual debe ser contra los cánones de los Concilios y contra la Bula de la Cena. Que si este año ha habido los trabajos que Dios sabe para que les haya quedado á los españoles algo con que poder celebrar la Noche-Buena, pídale vd. trescientos millones mas, y llamarán por Redentor, no digo al Hijo de Dios, sino al primer judío que se presente y les ofrezca rebajarles los presupuestos aunque sea por la ley antigua. Señor, si para permitir estas cosas ha venido Dios al mundo

—No te aflijas tanto, PELEGRIN, que todavía esto no pasa de ser una especie que corre, y yo espero que no se realizará. Y pon un poco de vinagre á esta ensalada.

—Señor, ¿para qué queremos mas vinagre que la noticia que acaba vd. de dar? Ella me ha avinagrado á mí toda la cena: y aun el turrón mismo lo encuentro avinagrado: que no sé como hay quien encuentre dulce el turrón con un presupuesto de mil quinientos millones.»

En esto sonaron ya las doce. Y como yo tenia que celebrar

tres misas en la mañana siguiente, suspendí de repente la cena, que tan alegre habia comenzado y tan triste concluyó, que no hay Noche-Buena alegre si se vienen á la imaginacion los presupuestos.

El año 48 al año 49.

TESTAMENTO Y ULTIMA VOLUNTAD.

Yo el Año *Cuarenta y ocho*, hijo legitimo del *Cuarenta y siete* y padre del *Cuarenta y nueve*, conociendo que se acerca por sus pasos contados mi última hora, y que voy á hundirme en el panteon de los años cesantes á las doce de la noche del 31 de este mes que va á espirar conmigo, hallándome *in artículo mortis* y en sana salud y con mi cabal juicio, te invoco y llamo, á tí *Don Cuarenta y nueve*, mi hijo póstumo, ó como dicen ahora de *Ultra-tumba*, para enterarte de mi testamento y última voluntad, que es como sigue:

Primeramente, hijo mio, te instituyo mi único y universal heredero de cuanto dejo en este mundo, que no es poco, pudiendo asegurarte con la verdad de quien ya no tiene interés en mentir, que no te ha de faltar con que entretenerte, si has de arreglar, medianamente que sea, los negocios que dejo pendientes, y las cuentas que quedan por liquidar.

Porque has de saber, hijo mio, que has tenido un padre lo mas revoltoso, lo mas trapisondista, lo mas calavera y mas trasgo que han conocido los siglos. Te hago esta confesion en el artículo de la muerte, aunque por la herencia que te dejo lo podrás conocer. No siento mas sino que me voy con el desconsuelo de que los hombres sigan dándome el nombre humilde y adocenado de *Año Cuarenta y ocho*, cuando debieran llamarme por lo menos el *Siglo Cuarenta y ocho*, no y era mucho pedir, porque mastravesuras he hecho yo en diez meses, no qué un siglo entero, sino que diez siglos de los que me han precedido. Ya lo verás tú cuando te vayas haciendo cargo de la herencia.

Trabajo te mando, hijo mio *Cuarenta y nueve*, y asegúrote que te ha de sudar el hopo si has de desliar los enredijos que yo te dejo hechos. Si quieres empezar por Alemania, te recomiendo la unidad alemana que yo hice proclamar, y allí hallarás tela cortada para trabajar algun tiempo.

Te dejo dos emperadores de Austria cesantes, y un emperador niño en ejercicio, que se llama Francisco José. Te

advierto que aquellos dos abdicaron en este confiados en que él, como libre de compromisos anteriores, arreglaría mejor y más fácilmente la cuestión de Hungría. Pero ahora dicen los húngaros que la abdicación del tío, y la renuncia del padre, y la proclamación del sobriniño, todo es nulo y de ningún valor, porque ni el tío pudo abdicar, ni el padre renunciar, ni el hijo aceptar, en razón á que las leyes húngaras no reconocen vacante alguna del trono sino por muerte del rey coronado, á lo menos sin el consentimiento y aprobación de la dieta y de la nación húngara, y que no habiendo sido ésta consultada, no reconocen ni leyes ni órdenes que emanen del nuevo emperador. Tú arreglarás esta pequeña dificultad si puedes, que yo me voy, y el que venga atrás que arrée.

Te dejo al Austria á punto de separarse de la unidad alemana. Este es un pequeño enredo que te recomiendo mucho. Los diputados austriacos ya se han marchado de la Dieta alemana de Francfort. Trátase ahora de nombrar un emperador de Alemania. ¿Pero quién será este feliz mortal? El nuevo ministro del *imperio en ciernes*, un tal Gagern (que no sé si le encontrarás ya de ministro cuando tú vengas), quiere que se dé la corona imperial al rey de Prusia, de quien tanto se burlaron los alemanes cuando se trató de esto la primera vez. Y no deja de tener su partido la candidatura de Federico Guillermo; la favorecen los pequeños estados del Norte, y de los del Sur el reino de Wurtemberg y el Gran Ducado de Baden: pero la contrarian el Hannover y el Hesse-Electoral, y más que nadie la Baviera; y es el caso que la Asamblea de Francfort no quiere ni al rey de Prusia ni al ministro que le propone. Por otro lado Federico Guillermo, que en mi tiempo ha demostrado ser un *bonus vir*, dice que no aceptará la corona imperial mientras no consientan en ello todos los príncipes alemanes, y en su virtud se trata de convocar un congreso de todos los príncipes de Alemania para arreglar este negocio. En fin, ahí te dejo entretenimiento para un rato. Tú te compondrás como puedas, hijo mío, que yo me voy, y el que venga atrás que arrée.

Si encuentras por ahí al archiduque Juan, vicario del imperio, dale un recado de mi parte, y dile que no he podido despedirme de él, en razón á que como hace tanto tiempo que no da cuenta de su persona, ignoro donde se halla y si se le ha tragado la tierra. Si vive todavía, mira si te sirve para capellan de honor, ó para capiscol de alguna iglesia, que lo

que es para Vicario nos ha salido güero. Ahí te queda, tú dispondrás como te parezca de él.

Te dejo al Papa en Gaeta celebrando consistorios, y en Roma un triunvirato que dice que gobierna á nombre del Papa, mientras el Santo Padre protesta contra semejante usurpacion de su sagrado nombre. Al rededor del Papa te dejo al colegio de cardenales y al cuerpo diplomático, y en Roma te dejo ya votada la Constituyente italiana, y con esta y con Canino, y con la contera de Garibaldi que se les ha pegado ahora, ya tienes bastante para divertirme una buena temporada. La cuestion de Roma es una de las mas pingües herencias que te dejo. Tú verás de arreglarla como Dios te ayude, que yo me largo, y el que venga atrás que arrée.

Te recomiendo, hijo mio, la mediacion anglo-francesa entre Nápoles y Sicilia. Te la dejo casi sin encentar, y es una de las partidas mas saneadas que traspaso á tu dominio. Me alegraré que te aproveche.

Te dejo de primer ministro del rey Cárlos Alberto al abate Gioberti, eclesiástico de rompe y rasga, mas amigo de la guerra que del breviario, aunque no es regular que ponga la sotana donde puedan llegar las balas, como puso Cárlos Alberto el pellejo. Y no te admire ver á Gioberti y á Muzzarelli, que son eclesiásticos, predicar la guerra, y á Napoleon como Cavaignac, que son militares, predicar la paz, porque yo todo lo he cambiado y trastrocado. Ahí te los dejo tales y conformes para que hagas de ellos lo que mas conveniente te pareciere.

Item te dejo la cuestion de Austria y de Italia con todos sus accesorios, que es una de las fincas mas productivas que pudieras heredar; pues no ha dado aun los primeros frutos, y te queda abundante cosecha que recoger. Si sabes explotarla, puedes tener finca para tus hijos y sucesores.

Item te dejo en Francia una república sin republicanos, presidida por un príncipe republicano que no tiene el mayor apego á la república, con unos ministros republicanos que nunca lo fueron. Te dejo un Napoleon de carne y hueso presidiendo la República, y muchos napoleones de plata huyendo de ella. Te dejo una Asamblea abierta y muchas fábricas cerradas. Cuando veas á los rojos, diles que yo no he podido hacer mas que darles el sufragio universal: que si se les ofrece alguna otra cosa con que les pueda ir mejor, que te la pidan á tí. Siento, hijo mio, que no hayas llegado á tiempo de poder asistir á los soirées y á los bailes y ambigús régios que

ha estado dando en mi tiempo el democrático Marrast, pero no te faltarán bailes en Francia, no tengas cuidado, que te sobrará en que pasar la vida entretenido.

Item, te dejo á Palmerston en Lóndres, á Narvaez en Madrid, y á Cabrera en Cataluña, que son una triple herencia, que cada alhaja de por sí mereceria un testamento, y aunque otra cosa no tuviera que mandarte, bastaria para dejarte rico. Te dejo en España ocho ministros como ocho corales, y ochocientos aspirantes á serio, con ochocientos mil empleados que llaman activos y no hacen, y un millon y seiscientos mil pasivos, que se deberian llamar pacientes. Te dejo cien millones de donativo forzoso, y mil trescientos de contribucion no voluntaria, y el que venga atrás que arrée. Te dejo un ejército lujoso y un clero hambriento; muchos generales en coche, y al obispo de Avila pidiendo limosna á sus diocesanos. Te dejo unas Cortes que se sabe cuándo y cómo empezaron, y no se sabe cuándo y cómo acabarán. A tu voluntad lo dejo. Cuando tú vengas, las encontrarás muy enfrascadas discutiendo lo que se ha de contestar á la Corona, y aunque ya se sabe cuál ha de ser la contestacion, se entretienen en discutirla para darla tal como estaba antes que se discutiera. Te dejo en ellas dos oposiciones, verdadera una, y de contrabando la otra.

Siento, hijo mio, no dejarte en herencia algunas garantías constitucionales, pero nadie puede dejar lo que no tiene. Consuélate con que tambien tu padre ha vivido sin ellas. Cuando tú vengas, te encontrarás bastantes españoles fuera de España, y muchos irán dando tumbos por esos mares de Dios. Si no te gusta esto y eres aficionado á la diversion y al baile, en Palacio le tendrás cada miércoles y cada jueves, donde verás á los ministros bailar que se las pelan, y rueda la bola. Trátase de hacer un teatro en Palacio: tú le podrás disfrutar, que yo ya no; pero te recomiendo que no te metas á averiguar si pagan ó no pagan á los empleados, con tal que tengas teatros y bailes, lo demas ¿qué te importa á tí?

En fin, hijo, ahí te dejo una cáfila de constituciones y de constituyentes, de dietas, de asambleas, de cámaras y de congresos, de reyes tronados y reyes destronados. Te dejo unas cuantas guerras abiertas y otras pocas en boton. Ahí te lo dejotodo, hijo mio, arréglalo tú si puedes, que tarea tienes para un rato. A Dios, hijo mio, yo me voy, ahí te quedan las llaves; el que venga atrás que arrée.